

Maria Josep Pazos
y Anna Vilajosana

LA FUERZA DEL ALMA

Cómo salir del coma
transformó mi vida

Una historia real



Cuadrilátero
de libros 

Título: *La fuerza del alma*

© 2013 Maria Josep Pazos

© 2013 Anna Vilajosana

© Thinkstock, por la imagen de portada

© 9 Grup Editorial

Lectio Ediciones

c./ Muntaner, 200, ático 8.^a

08036 Barcelona

T. 93 363 08 23 / F. 93 363 08 24

www.lectio.es

lectio@lectio.es

Angel Editorial quiere agradecer muy especialmente
la colaboración de Els Convidats.

Primera edición: septiembre de 2013

ISBN: 978-84-15088-87-5

DL: T. 843-2013

Impreso en Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Maria Josep Pazos
y Anna Vilajosana

LA FUERZA DEL ALMA

Cómo salir del coma transformó mi vida

Cuadrilátero
de libros 

Introducción

Si alguien tenía que escribir la experiencia personal de Maria Josep Pazos, no podía ser nadie más que yo. Al empezar el libro, no habría hecho esta afirmación con tanta rotundidad, pero a medida que el proyecto fue avanzando, algo me decía que tenía que ser así, que estaba haciendo lo que debía hacer. Y me explicaré.

La primera persona que me habló de Maria Josep fue mi marido, Xavier Serrano. Jordi Ribot, compañero suyo en el grupo musical Els Convidats (Los Invitados), le había llamado para contarle una historia alucinante. Una de sus canciones, «Etic esperant» (Estoy esperando), había logrado despertar del coma a una mujer de Manresa. Por deformación profesional, lo bombardeé a preguntas: quién era, cuándo había ocurrido... Xevi me contestó que no sabía nada más, pero que la conocería en la fiesta que sus amigos estaban organizando para celebrar su recuperación. Jordi y él irían para tocarle la canción en directo.

Recuerdo perfectamente aquel día porque Xevi volvió conmocionado de la fiesta, emocionado. Me dijo que acababa de pasar por una de las experiencias más brutales de su vida. Que solo por haber compuesto aquella canción habían

valido la pena los veinte años de dedicación al mundo de la música. Lo conozco bien y sé que lo decía de verdad, que las palabras le salían del corazón.

Poco tiempo después, los medios de comunicación dieron a conocer la noticia y Maria Josep anunció en una entrevista que escribiría un libro relatando la experiencia vivida durante el coma. Maria Josep no podría escribirlo sola debido a sus limitaciones visuales. Necesitaba ayuda y aquí es donde yo aparezco. Xevi le comenta que su mujer escribe y que le podría echar una mano. Le responde que sí sin pensarlo, sin conocerme, sin hablar conmigo, sin saber que conectaríamos.

Al decir que este libro estaba predestinado a pasar por mis manos, quiero decir que de alguna manera sentía que esta historia me había tocado de cerca, que había entrado en mi casa. «Etic esperant» es una de las canciones que forman parte de mi repertorio vital. La he cantado y escuchado decenas de veces y siempre me ha gustado. Seguro que, cuando la compuso, Xevi debió de cantármela, como acostumbra a hacer, a ver qué me parecía. ¡Qué lástima no recordar las emociones de aquella primera vez!

Nos conocimos una mañana, desayunando en una cafetería. Maria Josep y yo enseguida conectamos. Me sorprendió que estuviera tan bien de salud. Nada en su apariencia daba a entender que fuera una enferma. A pesar de ir con bastón, caminaba con seguridad y para nada daba la impresión de ver con dificultad. Había aprendido a moverse. Teniendo en cuenta que hacía justo un año que había vuelto a nacer, tenía un aspecto envidiable. Lo que más me cautivó de ella

fue su voz. Su tono era suave, dulce, cariñoso. A pesar de que su forma de hablar era amable, sus palabras eran contundentes. Se notaba que era una persona decidida, fuerte, impetuosa, inteligente, acostumbrada a llevar las riendas.

Nos saltamos los preámbulos y la conversación se orientó rápidamente hacia el modo en que contaríamos la historia, cuáles serían los testimonios, cómo nos organizaríamos. Maria Josep no dudó ni un momento de que en este proyecto yo sería la mano ejecutora. Ella me escogió a mí. Y yo me dejé llevar por ella.

En cuanto a la organización, por entonces ya sabía yo que pesaría mucho una personita que todavía tenía que nacer: mi segundo hijo. En aquel momento, yo estaba embarazada y, mientras escuchaba, impresionada, delante de un cortado descafeinado, el relato de Maria Josep (cómo una crisis asmática le había causado un paro cardiorrespiratorio una noche en un hotel en Vitoria, qué había sentido y qué había vivido los días que pasó en coma, cómo los médicos habían comunicado a su familia que no saldría con vida y cómo había vuelto a la vida al oír una canción), mientras escuchaba este relato, mi cabeza ya buscaba soluciones para compatibilizar la maternidad con la escritura del libro.

He de agradecer sinceramente a Maria Josep que confiara en mí. Sé que no es sencillo contar intimidades, reflexiones muy personales y comentarios hasta entonces nunca dichos en voz alta a una persona que acaba de aterrizar en tu vida. Ella lo ha hecho, se ha desnudado, y este libro constituye la prueba de ello. Mi obsesión durante todo el proceso era estar a la altura de las expectativas, ser fiel a su testimonio y

trasladar al papel con respeto y rigor las impresiones y vivencias de los amigos y familiares que han seguido muy de cerca la transformación vital de Maria Josep.

Este libro ha hecho que vuelva a creer en la magia. Maria Josep ha vivido una experiencia durísima que ha puesto punto final a su carrera profesional, en la que había volcado todos sus esfuerzos, y la ha obligado a hacer un cambio radical en su vida. Contra todo pronóstico, ha sobrevivido a un coma y ha plantado cara a tres lesiones cerebrales que tenían que dejarla en silla de ruedas. Cualquiera, con mucho menos, no levanta cabeza. Pero la vivencia de Maria Josep no solo es de transformación física sino también espiritual. Cruzó la línea que la mayoría de mortales solo cruzaremos una vez al final de nuestras vidas y ha vuelto para explicarlo. Y no solo esto: los cambios vividos en su propia piel también han modificado pensamientos y posiciones de quienes la apoyaron en su proceso de recuperación y que nunca, nunca, se rindieron.

La Maria Josep de hoy, racional por convicción, tiene la misma esencia, la misma alma que la primera, pero ha recompuesto de arriba abajo su orden de prioridades. Cuenta que todos acabaremos en el mismo lugar, que nos reencontraremos con nuestros antepasados y que la muerte es un estadio de paz y plenitud absolutas. Que lo sabe porque lo ha visto. Lo más fascinante de esta mujer es que ha vivido una experiencia aterradora y no tiene miedo a nada. No teme a la muerte, ni a salir a la calle sola a pesar de sus limitaciones. Consiguió borrar todos sus miedos después de enfrentarse a ellos durante el coma.

Me gusta escucharla. Es reconfortante y un ejemplo impresionante de superación personal. No piensa en el futuro. Dice que nace todos los días y muere todas las noches y aconseja hacer un ejercicio, muy fácil pero muy efectivo, de conocimiento interior. Consiste en imaginarse que has llegado al último día de tu vida y tienes la oportunidad de escoger, entre todo lo que has visto, qué es lo último que quieres ver, qué es lo último que tocarías si no tuvieras ninguna otra oportunidad, qué es lo último que quisieras probar, sentir...

Todas las personas de su entorno aseguran que Maria Josep, aunque sigue siendo impetuosa, está más equilibrada, más tranquila que antes y ha aumentado su capacidad perceptiva. Yo no conocí a la primera Maria Josep. No puedo comparar. Y quizá no sea necesario. Me quedo con una lección que espero que me acompañe: es preferible tener una vida corta e intensa que una vida larga y vacía.

Esta es una historia real sobre la fuerza del alma.

ANNA VILAJOSANA

CAPÍTULO I

MORIR

*«Si la muerte no fuera el preludio de otra vida,
la vida presente sería una burla cruel.»*

MAHATMA GANDHI,
político y pensador

Morí por primera vez el 24 de agosto de 2011 en Vitoria-Gasteiz. Fue una muerte terrible. Me sorprendió de madrugada mientras dormía en un hotel. Llevaba un pijama horroroso, con una camiseta rosa y unos pantalones cortos con corazones rojos y azules. Si hubiera sabido que aquella noche decenas de ojos estarían observando mi cuerpo inmóvil extendido en el suelo del pasillo de la segunda planta, habría elegido otro vestuario. Para compensarlo, supongo, llevaba mis dos collares favoritos. Uno, de cordón y plata, hecho expresamente para mí uniendo dos pulseiras. Otro, un colgante precioso de nácar en forma de lágrima que simbolizaba la feminidad. Me lo había regalado mi amiga Susanna hacía un año y siempre lo llevaba conmigo.

Nunca sabes cuándo acabará tu vida ni si la muerte te encontrará preparada. Aquel día yo tenía las maletas hechas, pero no para marcharme para siempre. Mis planes eran pasar una noche en Vitoria y salir al día siguiente hacia Gijón, Valladolid y Segovia, donde me esperaba mi hija Clàudia, de catorce años. Era un viaje especial. No solo marcaba el final del verano sino también el de una etapa laboral convulsa.

Hacía tres años que había asumido la dirección ejecutiva de una empresa innovadora y con excelentes perspectivas de futuro.

Sin horarios, ni fines de semana ni vacaciones, me había dejado la piel convirtiendo un negocio ruinoso en uno próspero. Decir que estaba cansada es quedarse corta. Estaba agotada, estresada. Al límite de mis fuerzas. Todo el mundo me decía que trabajaba demasiado, pero entonces no sabía vivir de otro modo. O sí o no. Blanco o negro. Sin matices.

Aquel verano de 2011 tenía que ser un punto de inflexión. Y lo fue. Ya lo creo. Mucho más de lo que habría deseado.

Habíamos planificado la ruta con Guzman, mi pareja, también jefe técnico de la empresa. Aprovecharíamos el viaje para descansar y cerrar algunas reuniones con posibles clientes. Esa era nuestra intención. Nos alojamos en un hotel de obra nueva de una cadena internacional. Construido en las afueras de la ciudad, bien comunicado, con habitaciones amplias, de paredes blancas, mobiliario funcional de color haya y un toque de color anaranjado en cortinas y cojines. El establecimiento ideal para viajes de negocios, equipado con camas king size y conexión a Internet.

El edificio solo tenía un inconveniente para los asmáticos crónicos como yo: los metros y metros de moqueta de un marrón intenso que se extendían como una segunda piel por el suelo de pasillos y habitaciones. Aquel tejido bajo mis pies fue lo primero que percibí al abrir la puerta de la habitación. El segundo, el olor intenso de tabaco. Alguien había fumado allí dentro y se había marchado dejando el rastro de tabaco en el aire. Instintivamente me llevé la mano a la bolsa y localicé el Ventolín. Allí estaba. Podía estar tranquila.

Le comenté a Guzman que tendríamos que pedir un cambio de habitación. El recepcionista nos dijo que todas estaban enmo-

quetadas. Con una sonrisa solícita, que anunciaba que no todo eran malas noticias, sacó de detrás del mostrador un ambientador antitabaco. Le devolvimos la sonrisa y rociamos la habitación con aquel spray. Nos quedamos allí. Al fin y al cabo, decidimos que por una noche no pasaría nada. Era nuestra primera noche en Vitoria-Gasteiz.

Cerramos la puerta y nos alejamos de aquella cama, de aquel hotel y de los acontecimientos terribles que esperaban pacientemente a nuestro regreso. Ya llegábamos tarde a nuestra cita con un cliente.

La velada fue agradable. Transcurrió de bar en bar, entre pinchos y cerveza artesana, envuelta en una plácida sensación de vacaciones. He pensado mucho acerca de qué habría cambiado de aquella noche si hubiera sabido que era la última. ¿Habría llamado a mi hija para decirle que la quiero más que nada en el mundo? ¿O a mis padres, para que supieran que sigo necesitando los suyos? ¿O habría abrazado y besado a mi pareja con mayor intensidad? Y a mis hermanos y amigos, ¿qué me habría gustado decirles? Muy pocos tenemos la oportunidad de reflexionar sobre nuestras últimas horas. Muy pocos morimos y renacemos. Ahora sé que si volviera al 24 de agosto de 2011 solo cambiaría una cosa: el final.

El reloj del móvil estaba a punto de marcar las tres de la madrugada cuando me desperté de repente. Tenía una crisis asmática. Otra, pensé. A tientas cogí el Ventolín de la mesita de noche. Llevada por la rutina de un gesto aprendido, lo agité, me lo acerqué a la boca y lo apreté fuerte. Primero un puf, después, otro y otro... El corazón se me disparó. No podía respirar. El inhalador funcionaba pero el aire no me llegaba a los pulmones. Abrí la

boca para aspirar fuerte el espray, pero el oxígeno se negaba a abrirse paso en mi interior. Me rozaba la cara, rodeaba mi cintura, se paseaba entre mis piernas, quizá todavía mezclado con aquel olor de tabaco ya imperceptible, pero no me entraba por la boca ni bajaba por el cuello. Maldita sea. Una mano invisible me oprimía los pulmones. Estaba atemorizada. Me ahogaba. Me moría.

De un grito desperté a Guzman. «¡Llama a una ambulancia! ¡Me asfixio!», le dije. Sin esperar a ver cómo reaccionaba corrí con la irracional esperanza de encontrar la salvación fuera. Abrí la puerta y la luz del pasillo entró en la habitación. Imaginé que me esperaba un golpe de aire fresco que me rescataría de aquella pesadilla. Pero fuera no había nada. Solo silencio. Sola, descalza, con aquel pijama ridículo, en mitad de un pasillo larguísimo, lleno de puertas cerradas, tan cerradas como mi garganta, grité desesperadamente. Seguía presionando el Ventolín en mi boca mientras mi chillido rebotaba contra el techo y las paredes.

Lo último que recuerdo fue la mirada de impotencia de Guzman corriendo hacia mí. Le dije: «Me desmayo». Y el mundo se fundió. Mi cuerpo todavía luchando por respirar resbaló entre sus brazos hasta caer al suelo. Sentí el contacto fugaz con la moqueta y cómo Guzman gritaba, pedía ayuda, repetía mi nombre. Pero yo ya no estaba allí.

Fue una muerte espantosa, dolorosa. No quiero volver a vivirla jamás.

* * *

Guzman, sin saber cómo, se vio con el teléfono en la mano marcando el número de recepción del hotel. Había pasado

de un sueño profundo al desconcierto más absoluto. Vio cómo Maria Josep, levantada y a los pies de la cama, se esforzaba por respirar y salía como alma que lleva el diablo de la habitación dejando la puerta abierta de par en par. Desapareció de su campo de visión en el momento en que una voz amable le preguntaba a través del auricular qué necesitaba. Desorientado y con la mente al ralentí contestó: «Una ambulancia. ¡Es urgente! Mi mujer se ahoga». Mientras respondía con impaciencia unas preguntas de protocolo, mantenía la vista clavada en la puerta a través de la cual oía los lamentos desesperados de su mujer. La voz del auricular cambió. Ahora era una joven quien le informaba de que el servicio médico estaba en camino. Se desprendió del teléfono como si quemara y con el corazón en la boca corrió a buscar a Maria Josep.

Llegó a tiempo de cogerla antes de que se desplomara. Con la cara desencajada por el llanto y el espanto miró hacia arriba sin soltar el cuerpo de Maria Josep. No estaba solo. Alguien que calzaba unas chancletas rojas corría hacia él, alguien se tapaba la cara con las manos, alguien salía corriendo hacia el ascensor, alguien llamaba por el móvil y pedía una ambulancia urgente, alguien dijo: «Soy médico»... y el cielo se abrió.

Era una mujer joven, ginecóloga. Todos los que se acercaban para auxiliar a aquella mujer de cuarenta y tantos años que yacía en el suelo se detuvieron en seco para dejarla pasar. Guzman cerró los ojos para responder con concentración a las preguntas que disparaba la doctora mientras le cogía el Ventolín de las manos con firmeza y lo insuflaba

una y otra vez sin lograr ninguna reacción. Guzman miraba insistentemente hacia el final del pasillo, donde estaba el ascensor. Esperaba que de un momento a otro apareciera el equipo médico, reanimara a Maria Josep y todo el mundo volviera a la cama. Recordó que en Bélgica, durante un viaje de trabajo, Maria Josep también había sufrido una crisis asmática, pero la había superado enseguida. Ahora, no. Todo era distinto. ¿Por qué tardaba tanto en llegar la ambulancia? El sentimiento de culpa lo estremeció. Quizá no había sido capaz de transmitir por teléfono la gravedad de la situación.

La piel de Maria Josep se había vuelto azulada y sus labios, morados. Empezó a tener convulsiones y emitir unos extraños sonidos guturales. No respondía. Estaba inconsciente. La doctora hizo una llamada a un colega suyo. Cuando estaba pidiéndole indicaciones, se abrió la puerta del ascensor y salieron dos personas equipadas con una camilla e instrumental médico. Mientras recorrían aquel pasillo larguísimo, la doctora fue informándoles. Aquellos dos jóvenes dijeron que no eran médicos, que solo eran ATS.

La ginecóloga, que estaba de vacaciones, vio el pánico en los ojos de Guzman. Los dos jóvenes avisaron a una ambulancia medicalizada. Ya habían pasado quince minutos desde que Maria Josep había saltado de la cama. Decidida, la doctora asumió el control de la situación y empezó a dar órdenes: todo el mundo atrás, máscara de oxígeno, monitorización de las constantes, control de saturación de oxígeno en la sangre... Una gran cantidad de aparatos y mochilas rodearon a Maria Josep. Guzman se convirtió en un simple observador.